



NOSOTRAS Y LA FRONTERA

SAN Sebastián tiene, además de los atractivos que todos conocen, uno especialmente apreciado por las mujeres: su cercanía con Francia. En cuanto nuestras amigas se enteran de que veraneamos en esta privilegiada ciudad norteña, comienzan los encargos.

—Si no te molesta, quisiera que me compraras una cosa en Biarritz. Seguramente pasarás algún día, ¿no? Se trata de un líquido que quita absolutamente todas las manchas: las de café, las de herrumbre, las de tinta, las de vino, las de fruta...

Y con una sonrisa encantadora la amiga tiene un papelito donde ha apuntado el nombre del mágico producto.

Otra, algo más frívola, también quiere aprovechar la ocasión.

—¿Has oído hablar de la crema H? A Sarita se la ha traído su hermana, de Francia, y desde que la usa tiene un cutis precioso. La crema ocupa un sitio en la lista de encargos; pero no el último, porque otra amiga sabe de unos pasapurés perfectos y de una lana que ni encoge, ni estira, ni pierde el color: una verdadera maravilla. Cuando llega el día señalado para la excursión nos inquieta una terrible duda. ¿Recordaremos todavía aquel poquito de francés que aprendimos hace ya tanto tiempo? ¿Sabrán que lo que pedimos es un quitamanchas y no un insecticida? ¿No se reirán de nosotras cuando nos oigan hablar buscando trabajosamente las palabras y diciendo quizá las que menos convienen al caso?

Fuera aprensiones. Hay que pasar, sea como sea. Después de todo también llegan a España extranjeros que no saben ni dar los buenos días en nuestro idioma y ahí están, tan ricamente, comiendo paella y visitando castillos como si hubieran expresado sus deseos de saborear una cosa y ver otra en el más puro castellano.

Pero este razonamiento, tan sensato, no acaba de tranquilizarnos. Al llegar a la frontera nuevos temores nos ponen los nervios de punta.

Tal vez haya en nuestro pasaporte algún error que nos obligue a dar marcha atrás con las manos vacías... Estamos tan distintas en la foto del dichoso documento, que no sería raro que el funcionario encargado de revisarlo crea que no nos pertenece.

Por fortuna, todo está en regla. Lo malo es que la gente que pretende pasar la frontera forma una cola impresionante y pensamos con horror que vamos a llegar a Francia justo en el momento de cerrar las tiendas. No, ha habido suerte. Ya vemos una donde venden periódicos con un cartel que pone «Journaux», y «Change» en aquella donde aceptan nuestras pesetas para darnos en su lugar un manojito —mucho más peque-

ño— de francos. Esto es el mismísimo extranjero. Nos sentimos mundanas, internacionales, sumidas de lleno en el misterio y la aventura. Aventura que comienza en la perfumería donde intentamos comprar la crema «H». ¿Cómo se dice crema en francés, Dios mío? ¿Será «cremes»? ¿O esta palabrita sólo servirá para designar la nata o los helados?

Balbuecemos miserablemente. No salimos del «l'Il vous plaît, mademoiselle» que, por lo menos, nos hace parecer corteses. Al fin formamos una frase bastante aceptable pero completamente inútil; porque la vendedora responde en un castellano decorosísimo:

—¿El tubo grande o el pequeño?

Tal vez debiéramos sentirnos aliviadas, pero no es así. Más bien nos fastidia que nuestros esfuerzos hayan sido en vano. Pero salimos con el inigualable ungüento en el bolso. Dos tubos, porque como es natural no vamos a llevarle a nuestra amiga algo que le ponga una cara de maravilla y quedarnos nosotras con una arruguita aquí y otra allá. Y lo mismo ocurre con los demás encargos. Los compramos todos a pares, para disfrutar personalmente de sus beneficios.

Una vez agotada la lista llegan las fascinaciones inesperadas: el traje de baño que nos llega directo al corazón, el frasquito delicioso que contiene un líquido cuya naturaleza desconocemos pero que hará tan bien sobre el tocador, las zapatillas adornadas con un enorme crisantemo... Con el bolso lleno de paquetes, sin un franco y sintiéndonos como si nos hubiéramos apoderado de todos los tesoros del Gran Khan, emprendemos el camino de regreso.

Esta vez, más nervios. El funcionario que antes nos dejó pasar, ¿será benigno ante el cargamento que traemos? ¿O nos enviará a las mazmorras que sin duda existen para las desafortunadas portadoras de pasapurés? No. El señor es tolerante. Y seguramente casado. Nos da de vía libre. Una compañera de cola, francesa, lleva su lista en la mano. Y como leer su idioma es más fácil que hablarlo, traducimos:

Chaquetón de cuero.
Zapatos.
Queso de Idiazábal.
Bolso para Veronique.
Impermeable para Jean-Pierre.
También está nerviosa. También, sin duda, piensa que en nuestra patria va a encontrarlo todo más barato y bonito que en la suya. Y tal vez tenga razón. Pero no importa. A nosotras nos compensa ver impreso en lo que hemos comprado un super-chic «Made in France».

Así somos las mujeres, en tiempo de verano y cuando hay una frontera cerca.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



Por F. García de la Vega

RAY CONNIFF

DIGALO CON MUSICA
C.B.S.
Aps. 60.011

LOS éxitos obtenidos por Ray Conniff como orquestador (para Johnnie Mathis «It's not for me to say»; para Guy Mitchell, «Singing the blues»; para Johnnie Ray, «Walkin' my baby back home»; entre otros) le llevaron a formar su propia orquesta, que le permitiera una total libertad en los temas sin tener que estar sujeto a la medida y capricho de los cantantes. El resultado ha sido la primera orquesta de América y un estilo musical que ha creado escuela.

«Al estilo de Ray Conniff», son muchas las orquestas que hoy existen en el mundo. La combinación coros, metal, cuerdas, ha sido de un efecto sonoro que muchos no han podido resistir la tentación de imitar.

Ray Conniff goza hoy en el mundo de la más merecida popularidad, una popularidad confirmada por los millones de discos vendidos en América y fuera de ella.

La conocida canción de Irving Berlin da título a este nuevo disco de Ray Conniff: «Digalo con música», y esto es, precisamente, lo que hace el orquestador número uno de América, esta vez con un suave toque latino, con una ligera insinuación de los ritmos tropicales. El brillante estilo de Ray Conniff no necesita mayores comentarios, pero los atrevidos motivos empleados en este LP. lo hacen ahora más brillante que nunca.

La renovadora combinación de voces e instrumentos empleados por Ray Conniff invita a bailar y despierta la atención de aquellos que simplemente escuchan. Las voces femeninas son dobladas por trompetas, saxos altos o clarinetes, mientras que las voces masculinas se unen a los trombones o saxos en registros graves. Este sutil colorido intensifica los tonos suaves, al mismo tiempo dulcifica los agudos y produce el más perfecto sonido jamás alcanzado en discos.

En este nuevo disco interpreta doce canciones favoritas tratadas todas ellas ligeramente con ritmos latinos. Cuatro son de Cole Porter, otras de George Gershwin, Sigmund Romberg, Peter de Rose y, por supuesto, la melodía de Irving Berlin, que da título al LP.



He aquí los títulos:

BESAME MUCHO.
EXTRAÑO EN EL PARAISO.
EN VERANO.
TE LLEVO DENTRO DE MI.
JOVEN PARA AMAR.
SUAVE COMO EL AMANECER.
UNA DE ESAS COSAS.
PURPURA REAL.
BRASIL.
NOCHE Y DIA.
TENTACION.
DIGALO CON MUSICA.

esta semana recomendamos...

— Chubby Checker, el auténtico lanzador del twist y más tarde del limbo, vuelve con nosotros para ofrecernos sus cuatro títulos más recientes: «Tierra de pájaros», «Nube negra», «Un poco más de limbo» y «Veinte millas».

— «Irresistible», «La despedida», «Advertencia» y «Pa todo el año» son las cuatro canciones con las que últimamente más éxito han tenido Los Panchos.

— 1.º, 2.º, 6.º y 9.º premio del Festival de Benidorm en la voz de Torrebruno: «La hora», «La luna tiene dos caras», «Chiss...! chiss...!», y «Cómo te lo diría».

— Johnny Mathis, una de las voces más cotizadas en el mundo, canta cuatro auténticos Hits. Escúchenle en «Dulce Queves».

— «Me pregunto por qué». Este es el título de una canción que ha hecho furor en Estados Unidos. Su principal lanzador ha sido Dion.

— Andy Williams, el hombre que ha ganado la batalla a los más populares cantantes americanos, vuelve a estar de nuevo de actualidad con «La hora del crepúsculo».